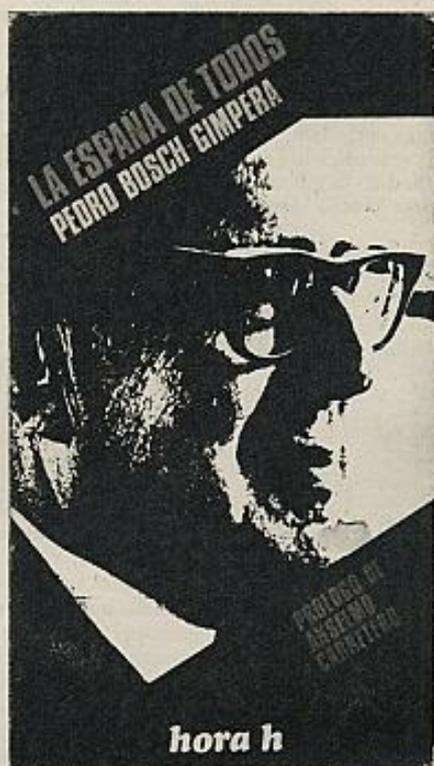


La España de Bosch-Gimpera, España de todos

La cuestión de las nacionalidades y regiones es el problema más complejo de cara a una España democrática. De ahí la oportunidad de este libro de ensayos de Bosch-Gimpera (1). Estos ensayos son unas meditaciones — artículos, conferencias— del historiador catalán, del sabio catalán, en los años cuarenta, en el exilio, y son, de algún modo, un diálogo entre un catalán y un castellano, porque, en efecto, algunos de los primeros escritos de Bosch-Gimpera sobre el tema lo fueron a petición de Anselmo Carretero y Jiménez, prologuista y organizador del pequeño volumen que vamos a comentar. El primero de los trabajos es el prólogo que Bosch-Gimpera escribió para la segunda edición en México de "Las nacionalidades españolas", de Carretero y Nieva, y uno de los trabajos más importantes de Carretero y Jiménez es, precisamente, la conferencia que pronunció en el Institut d'Estudis Catalans de México, del que era presidente Bosch-Gimpera. Este diálogo entre un catalán y un castellano, cargado de razones históricas y argumentos de convivencia, resulta hoy verdaderamente modélico, cuando a veces la cuestión se desvía por derroteros de intransigencia o de demagogia. Sería bueno dejarse invadir, traspasar, por las buenas razones que Bosch-Gimpera desgrana en estas páginas. Porque "es preciso llegar a esa reconstrucción de nuestro pasado sin pasión ni prejuicios, no proyectando en los momentos históricos pretéritas ideas fruto de tales prejuicios..."

Bosch-Gimpera parte de un hecho clave: "A diferencia de otros pueblos, España no está hecha". Del reconocimiento o no de este hecho dependen las diversas concepciones de España y, por tanto, las distintas opciones sobre la reestructuración del Estado español. Mientras para muchos la afirmación "España no está hecha" resulta obvia, para otros sigue siendo

(1) "La España de todos", de Pedro Bosch-Gimpera. Prólogo de Anselmo Carretero. Seminarios y Ediciones.



piedra de escándalo. Y algunos, abrumados por la realidad cotidiana del hecho diferencial, querían encontrar una vía media, la de un regionalismo tecnocrático.

Pero, así como este hecho es clave, principio y fundamento para abordar la cuestión de las nacionalidades, hay otro hecho no menos importante y que señala bien claramente Bosch-Gimpera: España existe y hay que buscarla "en la variedad de sus pueblos con raíces prehistóricas y que, a pesar de todos los dominios o de todos los intentos de unificación violenta, resurgen cada vez más vigorosos...; hay que buscarla debajo de las superestructuras que la han ahogado secularmente". La España con la que Bosch-Gimpera se identifica es la del pensamiento liberal, la de los fueros municipales y de la democracia ciudadana, de los comuneros y las germanías que llega hasta la República y hoy ("los que en la actualidad comprenden España"). Una España que Bosch-Gimpera califica de "formadora de altos valores humanos y de una cultura fecunda".

El sabio catalán sale al paso de ese lugar común bien explotado por simplificadores y muy adecuado para aque-

llos que entienden la Historia como una película de buenos y malos, el tópico de "la dominación del pueblo castellano al resto de los pueblos". Dice Bosch-Gimpera: "Aniquilado el pueblo castellano en Villalar, en su última rebeldía libertaria, se logró identificarlo aparentemente con España", y cita a Rovira i Virgili: "Yo no he acusado nunca a Castilla de la caída de Cataluña; yo he acusado a la Monarquía. No fue Castilla la que oprimió a Cataluña, sino la Casa de Austria", idea compartida —dice— por Maragall, Prat de la Riba, Pi i Margall, Macià, Companys, Pi i Suñer... Así, Bosch-Gimpera concluye: "Castilla, la auténtica, fue también víctima de la misma superestructura estatal que los demás pueblos españoles".

Lo que ha ocurrido, ciertamente, es que en Castilla no se ha tenido la misma sensibilidad sobre el problema de las nacionalidades que en aquellas otras donde se doblaba el dominio de una superestructura estatal con una explotación de la cultura. En Castilla el dominio del poder central se traducía en miseria, despoblación, subdesarrollo. En otros pueblos se atentaba contra otro tipo de valores humanos: lengua,

historia, folklore, derecho tradicional.

Bosch-Gimpera traza unas líneas de convivencia, bien argumentadas históricamente, para conseguir "la España de todos", porque —afirma— "España será la de todos, hecha por todos, o no será". Este patriotismo estatal se opone no sólo al patriotismo cerril de los excluyentes que se niegan a dar a España la estructura jurídica y política que corresponde a las exigencias de una realidad plural de pueblos, sino que es también una guía para aquellos que por moda irresponsable o por desconocimiento político, o por arrivismo político, estarían dispuestos a llevar a situaciones de cantonalismo al Estado español. Como he dicho, los ensayos de Bosch-Gimpera corresponden a los años cuarenta; es decir, no sólo gravita sobre ellos el conocimiento del historiador, sino la experiencia más inmediata: la guerra civil. Hoy, desaparecido Bosch-Gimpera, estos textos tienen el peso moral de un testamento. El pasado más inmediato había permitido pensar a muchos hombres como Bosch-Gimpera que, al fin, iba a resolverse el problema de España. Así, Pi i Suñer escribió en 1938, en la "Revista de Catalunya": "Es preciso tener la sinceridad de reconocer que, en los últimos años, bajo el signo de la República, hemos vivido un período de tendencia integradora. El más irreductible catalanismo no puede hacernos desconocer que la oleada emocional que trajo la República fue un movimiento ampliamente español, sentido acaso con más intensidad, pero del mismo modo en Cataluña que en el resto de las tierras peninsulares. A pesar de los obstáculos, España se estructuraba y se afirmaba".

Hoy, cuando se viven las contradicciones de lo que podrían denominarse vigiliadas democráticas, resulta decisivo acertar de una vez por todas en la estructura estatal que conviene a la difícil realidad española. Para impedir definitivamente que se prolongue ese mal histórico que ha señalado Bosch-Gimpera: "La dirección estatal ha representado casi siempre una superestructura postiza que no ha llegado a identificarse con los pueblos de España, que a menudo la han considerado como una enemiga". ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.